

# MIGUEL SARMIENTO SALOM Y BENITO PÉREZ GALDÓS: LA ADMIRACIÓN DESDE LA DISTANCIA

*Ana María Fernández Rodríguez*

## *Miguel Sarmiento Salom*

A pesar de que los estudiosos más reconocidos de la narrativa modernista en Canarias, Pablo Quintana<sup>1</sup> y Lázaro Santana,<sup>2</sup> elogian encarecidamente la figura del periodista y prosista Miguel Sarmiento Salom, hasta hoy carecemos de un estudio exhaustivo de su obra.<sup>3</sup> Por ello, consideramos necesario hacer un breve esbozo biográfico.

Miguel Sarmiento nació en Las Palmas de Gran Canaria en agosto de 1876, en el seno de una familia vinculada con el mar y el comercio (su padre era capitán de marina mercante). A los catorce años se traslada a Palma de Mallorca, tierra natal de su madre, a causa del fallecimiento del padre y para estar más cerca de su hermano Arturo, el primogénito, que se hallaba estudiando en Barcelona. Tras una breve estancia en Las Palmas a finales del siglo XIX, se marcha a su vez a la ciudad condal para, igual que Arturo, realizar los estudios de Derecho. Nunca llegaría a terminar la carrera, ya que allí se aficionó a acudir a las tertulias literarias y a las redacciones de periódicos y revistas. Comenzó a ganarse la vida como periodista, actividad que desempeñaría hasta el final de sus días. Sus principales ocupaciones fueron la elaboración de críticas teatrales y artísticas, porque no se debe olvidar que la pintura fue su otra gran pasión. Es destacable el hecho de que de su pluma salió la primera crítica en castellano conocida sobre una exposición de un jovencísimo Picasso<sup>4</sup> en Barcelona.

Fue amigo de personalidades de la talla de Santiago Rusiñol, con el que escribió una obra de teatro, Miguel Santos Oliver, Ángel Guimerá, Gabriel Alomar, Ángel Guerra, Juan Alcover, etc.

Residió en Palma de Mallorca, Barcelona, Madrid, Génova, Roma y los últimos años regresó a Las Palmas de Gran Canaria, cargado de proyectos, proyectos que se vieron truncados por una enfermedad renal que acabó con su vida en pocos días, concretamente el 24 de junio de 1926.

De su labor como narrador vieron la luz en volumen: *Muchachita*,<sup>5</sup> *Así*,<sup>6</sup> *Al largo*<sup>7</sup> y *Lo que fui*.<sup>8</sup>

## *El teatro de Pérez Galdós visto por Miguel Sarmiento*

Las obras teatrales de Benito Pérez Galdós de las que Miguel Sarmiento realiza críticas en diferentes publicaciones canarias, barcelonesas y mallorquinas son las siguientes: *Electra*, *Mariucha*, *El Abuelo*, *Bárbara*, *Cassandra* y *Santa Juana de Castilla*.

En el caso de *Electra*,<sup>9</sup> analizada en el artículo “Colaboración. Un drama y un pueblo” publicado en *La Última Hora* de Palma de Mallorca el 18 de febrero de 1901, la obra dramática le sirve a Miguel Sarmiento como excusa en su artículo, ya que confiesa

abiertamente: “No conocemos *Electra*. Hasta nosotros no han llegado sino fragmentos muy breves.” Nuestro periodista tiene una visión pesimista ante el revuelo que ha levantado el estreno de la obra, por dos razones principales.

La primera, porque no cree que la excitación popular fructifique finalmente en un proceso revolucionario, ya que el cuerpo social carece de empuje, y a las pruebas se remite: “El público que hoy proclama, hasta el delirio, la frase encendida y el ademán resuelto de Máximo, es el público de todas las asonadas y motines que durante muchos años han venido sucediéndose en España, sin trascendencia social alguna.” Especialmente frustrante encuentra Miguel Sarmiento la actitud de los jóvenes, que se muestran indiferentes hacia la política y no se sienten vinculados a su país, por lo tanto, son los grandes responsables de lo que sucede:

Porque ellos son los únicos que podrían preparar y encauzar la revolución, si la revolución ha de venir; adiestrar las generaciones faltas de rumbo; restablecer el concepto de la libertad en su acepción legítima para que en el día del choque y en el momento del sacrificio inevitable la sangre vertida no resulta ni estéril, ni odiosa.

Y la segunda, porque al confrontar a Galdós con Émile Zola, las diferencias entre ambos le parecen tan evidentes que no comparte las ideas de quienes quieren equipararlos:

En Galdós el artista y el apóstol viven separados; en Zola el apóstol y el artista forman un alma única. Hasta en la manera de concebir sus obras se distinguen. En las suyas, Galdós es el poeta del *hombre*; sus figuras, si bien pueden tomarse como símbolo de una clase social, se destacan siempre aisladas de la fantasía y viven solas en el recuerdo. En cambio, cada novela de Zola es un himno que cruza el arroyo como un canto de pelea; en cada página las muchedumbres se agitan y se retuercen.

El estreno de *Mariucha* se produjo en el teatro El dorado de Barcelona en julio de 1903. Benito Pérez Galdós se desplazó a la capital catalana para asistir al estreno y a los ensayos, y de su presencia en la capital catalana se había hecho eco igualmente Miguel Sarmiento en las páginas de *La Tribuna* de Barcelona el 25 de junio en el artículo titulado “Pérez Galdós”.

Nuestro periodista argumenta que *Mariucha* no representa novedad alguna dentro de la dramaturgia galdosiana y que se asemeja, especialmente en su final, a *La de San Quintín*. Por lo tanto, concluye: “Por eso, en las obras de Galdós nos atrae más que la tesis, la parte artística, el conflicto en lo que tiene de humano, de espontáneo, sin más solución que la que pueden dar de sí las condiciones de los caracteres y el medio en que la lucha se libra.”

Lo que sí se atreve a reprocharle a su paisano es que la obra peca de excesivamente teatral, lo que, en su opinión, mata la naturalidad de diálogo: “En *Mariucha* abundan las transposiciones y cierta precisión literaria, que si dan más sonoridad y concisión a la frase, le quitan seguramente el calor de vida que la expresión más natural, no la más exacta, infunde al diálogo”.

Otro aspecto que le parece igualmente negativo es que, a pesar de los aplausos unánimes que cosechó del público, la obra le dejó la sensación de ser una hermosa sucesión de cuadros sin la suficiente cohesión interna. Después de hacer un repaso somero de los actos y de algunas escenas que le parecen por lo general poco convincentes, se queja de que el final esté teñido de melodrama.

El último párrafo de su artículo, va dirigido a demostrar la admiración y el respeto que le merecen tanto Galdós como su obra:

He ahí nuestras impresiones. Van escritas al vuelo; pero van dichas con todo el respeto, con toda la sinceridad que Galdós se merece. Para nosotros, para la generación que llega hoy a la lucha, Galdós es algo muy grande, muy querido, muy venerado. Su nombre es una bandera; todos hemos aprendido a leer en sus obras; en sus obras estrechadas por nuestras manos trémulas en el primer impulso de bondad y de abnegación, que el arte, sinceramente sentido, supera siempre.

Casi un año después, e igualmente en *La Tribuna* de Barcelona, se publica el artículo que lleva por título “Estrenos. *El Abuelo*” el 2 de julio de 1904. La obra había sido representada el día anterior en el teatro Novedades.

Lo que mueve a Miguel Sarmiento, aparte de la admiración que profesa al dramaturgo y novelista, es la curiosidad por ver cómo ha transformado la novela dialogada en obra teatral, si bien con cierto temor de que no se hubiera efectuado con la destreza esperada.

Desafortunadamente, ve confirmados sus temores, y se queja de que la obra dramática no ha escapado de la monotonía de las escenas en las que el anciano conde de Albrit trata de averiguar cuál de las dos niñas es su nieta auténtica. Tampoco le parece que la obra llegue a la butaca, porque el espectador no puede identificarse con el protagonista ni éste tiene brío para erigirse en símbolo de una clase social ya en decadencia ni tampoco para destacarse como individualidad definida nítidamente (esto, añade Sarmiento, sí se encuentra en otros personajes galdosianos). El personaje está ahogado bajo la retórica, y ésta no permite acceder a él como ser humano. En conclusión, el gran error de Galdós para él se resume en esta frase: “Abusa del tono declamatorio, de las bellas frases sonoras”.

Sin embargo, Pío Coronado, sí lo juzga el crítico un hallazgo como personaje, puesto que deja traslucir su humanidad sin caer en la grandilocuencia. A este personaje achaca Sarmiento lo más lucido del drama: “Las escenas del cuarto y quinto actos, entre Coronado y el señor de Albrit, son las más hermosas del drama. Recuerdo los episodios mejores de las mejores novelas madrileñas.”

Concluye su crítica señalando que los aplausos no fueron demasiados y que tiene la impresión de que Pérez Galdós desaprovechó gran parte del potencial de la novela al llevarla a las tablas.

Las páginas del periódico barcelonés *La Tribuna* recogen el siguiente artículo en el que Miguel Sarmiento se ocupa de un estreno de Galdós. Bajo el título de “En Novedades”, el 5 de junio de 1906, trata del estreno de *Bárbara*. Comienza el texto haciendo un resumen del argumento de la obra, para, a continuación, compartir con el lector que la obra le ha recordado alguna del autor francés Victorien Sardou, y, además, lo peor de su dramaturgia: “por lo incoloro de la tragicomedia; por el sabor a libreto de ópera, fácil de percibir en todos los actos”. La opinión del periodista es evidentemente negativa hacia la obra que acaba de presenciar.

Los personajes le parecen en general poco dibujados y sin una actuación provocada por el desarrollo del argumento, sin reacciones lógicas y adecuadas a lo que ha sucedido con

anterioridad. Todo esto, según Sarmiento, es lo que provoca que el espectador no se emocione en ningún momento de la representación.

No obstante, el peor de los defectos vuelve a ser, como recuerda haber señalado al estrenarse *Mariucha*, la falta de naturalidad del diálogo: “Galdós, que en sus novelas se mostró siempre maestro insuperable en el diálogo, recurre con demasiada frecuencia en sus comedias a la frase literaria”. Este defecto llega a provocar incluso que el espectador olvide que está ante una producción del mismísimo Pérez Galdós y actúe con condescendencia. Y termina añadiendo, no sin cierta ironía, que con estas opiniones no pretende influir sobre el maestro, porque sabe que éste no escucha a nadie en este punto, por mucho que las opiniones sean casi unánimes.

Las páginas de *La Tribuna* de Barcelona<sup>10</sup> acogen el 14 de julio de 1905 el artículo titulado “Refugio”, en el que elogia la virtud de la ciudad provinciana para inspirar a los autores, entre los que incluye a Galdós, puesto que el Madrid alejado de la Corte también lo es.

Bajo el título de “Divagaciones. *Cassandra*” ve la luz en *La Tribuna* de Barcelona el 10 de enero de 1906 una serie de reflexiones muy interesantes de Miguel Sarmiento sobre la figura de Pérez Galdós como dramaturgo. En este artículo nuestro periodista medita sobre la idea generalizada de que Galdós es un autor ya superado, que no mueve a discusiones. Sarmiento lo compara con Ibsen y, aunque reconoce que no son equiparables, explica por qué los juzga igualmente válidos. En primer lugar porque en España hay cuestiones sociopolíticas vitales aún sin resolver, ya superadas en el país nórdico. En segundo lugar, subraya que Galdós es, ante todo, un novelista y que en las ocasiones en las que ha intentado cultivar la literatura simbolista, no ha logrado dotar a sus personajes de aliento suficiente para que las multitudes se identifiquen con ellos.

Tras esta larga introducción, se ocupa de comentar *Cassandra*, obra que se esfuerza por desvincular de toda intención revolucionaria. Llega más allá al negarle a Galdós la categoría de “apóstol”, porque la ironía y el escepticismo descolocan al espectador, y porque tampoco sabe crear modelos que encarnen sus aspiraciones: “La mano fuerte, decidida, que sabe encontrar al primer golpe los puntos flacos del templo en ruinas, vacila y duda al edificar”. Para Miguel Sarmiento, la labor del novelista ilustre consiste en abrir camino para los que vengan después.

Debemos esperar hasta el 16 de junio de 1918 para encontrar el próximo artículo en el que Miguel Sarmiento realice una crítica de una obra dramática galdosiana. Este día se publica en *La Publicidad* de Barcelona el artículo “Los estrenos” en el que se habla brevemente de la representación en el Teatro Novedades de *Santa Juana de Castilla*. Esta obra decepciona al crítico, que se había creado grandes esperanzas, igual que su íntimo amigo el intelectual mallorquín Gabriel Alomar. Para Sarmiento la labor de Pérez Galdós se ha limitado a la de transcribir los hechos ya sobradamente conocidos sin utilizar su imaginación y sensibilidad para penetrar en el alma del personaje y de Castilla misma. Según su opinión, la obra va decayendo en calidad, aunque el primer acto: “Es diáfano, sobrio, exposición y planteamiento acertados de las circunstancias y figuras que rodearon a doña Juana al acabar la vida”. Por no encontrar nada acertado, ni le agrada la interpretación que de la reina castellana hace Margarita Xirgu.

Podemos concluir que la admiración que sentía Miguel Sarmiento hacia la figura de Galdós novelista no se hacía extensiva a su labor como dramaturgo, labor a la que achaca muchos de los defectos que sufre el teatro de su momento y que conocía bien por su labor de crítico

teatral. Mejor que nosotros, las palabras con las que Sarmiento define el valor que tiene para él Galdós en un artículo publicado en *La Tribuna* de Barcelona el 23 de febrero de 1905 bajo la denominación de “Los apóstoles”<sup>11</sup> pueden ilustrar lo que llevamos dicho:

No el Galdós de *Electra*, precisamente el drama que entusiasmó hasta el delirio a nuestros buenos revolucionarios, a los que gritan contra los conventos y mandan a sus hijos al aula de los frailes. No[,] el Galdós, autor de las novelas madrileñas, cuadros de vida maravillosos, pero tal vez demasiado “totalizados” para poder influir en el ánimo de una nación tan heterogénea como la nuestra. Hablo del Galdós de los *Episodios*, del Galdós que ha hecho revivir nuestra historia, la más inmediata a nosotros, la que conocemos menos íntimamente y la que más debiera interesarnos.

### *Relaciones personales entre Miguel Sarmiento y Benito Pérez Galdós*

Las relaciones personales entre los dos grancanarios pueden rastrearse desde la infancia de Miguel Sarmiento en Las Palmas, aunque en este caso las personas con las que trataba eran las hermanas del célebre escritor. En su libro de tintes autobiográficos *Lo que fui*, concretamente en el capítulo “Luna, lunera...” Sarmiento habla de estas dos señoras que vigilaban sus juegos infantiles:

Testigos de nuestros juegos eran tres señoras que vivían a espaldas de casa: las hermanas de don Benito Pérez Galdós. Diariamente, después de comer, subían las tres señoras a pasearse por su terrado. Desde allí presenciaban nuestros entretenimientos, sonreían a nuestras ocurrencias e intervenían, conciliadoras, en nuestras disputas. Nosotros respetábamos, aparentemente, su intervención, pero, en el fondo, nos rebelábamos contra ellas, indignados. “¡Mironas, más que mironas!”, les decíamos en voz baja para que no nos oyeran. Y “Mironas” les llamamos siempre; ¡a ellas, las muy amables, que, por advertimos, interrumpían su charla y sus contemplaciones!

Al cabo del tiempo, estos recuerdos vuelven a hacerse presentes al narrador, cuando durante su estancia en Madrid en 1915, al enterarse del fallecimiento de una de las hermanas de don Benito, la madre de don José Hurtado de Mendoza, decide acudir con un amigo al entierro y así nos describe púdicamente su emoción:

Alargué la cabeza, tendí la mirada, y alcancé a ver el rostro afilado de la viejecita. No la reconocí, no; pero era ella, la que allá, en mi ciudad, me sonrió cuando la vida, toda porvenir entonces, me sonreía también. Llegado el instante de cerrar el ataúd, me retiré al vestíbulo. No quise profanar con mi presencia el momento de la despedida, tanto más triste cuanto más callada. Para distraerme me acerqué a la vitrina donde don Benito conserva un ejemplar de las ediciones de lujo de sus obras. Cosa extraña: todos los títulos parecían dislocados. El vidrio tal vez...

En otro momento, un amigo entrañable de Miguel Sarmiento, el escritor lanzaroteño Ángel Guerra, elogia en una carta a Galdós, fechada el 8 de julio de 1903, el buen hacer como periodista de nuestro autor ante el inminente estreno de *Mariucha* en la ciudad condal: “Si hay trenes baratos, iré al estreno. Si no, haré que *El Globo* encargue la crítica a Miguelito Sarmiento, un chico paisano que está en *La Tribuna* y escribe muy bien”.<sup>12</sup>

Si bien parece evidente que Sarmiento y Galdós tuvieron contacto personal como muy tarde en 1915, lo más probable sea que se conocieran en cualquiera de las múltiples visitas anteriores del novelista a Barcelona. En *La Publicidad* de esta misma ciudad, aparece un artículo bajo el título de “Informaciones teatrales. Confesiones de artistas” en el que Sarmiento entrevista a dos actrices de la talla de Rosario Pino y Margarita Xirgu. A esta última, que considera acertadamente como la actriz que puede encarnar a la perfección las protagonistas del teatro nuevo que tiene que llegar inminentemente, la acompaña mientras esperan la llegada en tren de don Benito desde Madrid, y van charlando de sus últimos éxitos y de los próximos estrenos.

La figura de don Benito, ya mayor y ciego, está tratada con toda la ternura de la que es capaz la pluma de Sarmiento:

Los ojos, vencidos de tanto escudriñar la vida, se esfuerzan por ver. Del brazo de Margarita Xirgu sube don Benito lentamente al Paseo de Gracia. Camina como un Homero, que al dejar de contemplar su derredor próximo, mira —sin ver— a gran distancia o a lo profundo. Al salir del arroyo, al bañarse en el sol que le espera, don Benito se detiene y sonríe, con una sonrisa de viejo amigo, a la ciudad.

Más de un año más tarde, el 27 de junio de 1918, nuevamente las páginas de *La Tribuna* de Barcelona sirven de testigo de un banquete que se le ofrece a Galdós en el Hotel Bristol por parte de la intelectualidad barcelonesa. El artículo lleva por título “Homenaje a Pérez Galdós. El banquete de anoche”. La excusa para homenajearlo es que la compañía de Margarita Xirgu ha organizado una semana dedicada exclusivamente a la representación de obras de Galdós, que ha servido para estrenar *El amigo Manso* y *Santa Juana de Castilla*.

El artículo está escrito elogiosamente, y no escatima a la hora de reconocer las virtudes de Pérez Galdós como novelista y dramaturgo que ha influido en su época y que sigue influyendo en esos días. Es para Sarmiento, sin lugar a dudas, el mejor retratista del país:

A Galdós se le ha tildado de sectario, se le ha querido confundir con la turbamulta de quienes han escrito exclusivamente para la galería; y al cabo de algunos años, por su potencia evocadora y por su fidelidad en transcribir nuestro espíritu nacional, ha habido que reconocer en él al escritor que ha penetrado mejor, con más imparcialidad que nadie, los defectos por todos reconocidos y las virtudes aún posibles de nuestra raza desdichada.

A continuación ofrece la nómina de los asistentes, de los que destaca la heterogeneidad de su procedencia intelectual y política. Resaltamos sólo los nombres que nos parecen más destacables: Miguel Santos Oliver (periodista, director de *La Vanguardia*, y escritor mallorquín), Enrique Borrás (actor catalán), Ángel Guimerá, Morales Pareja (alcalde de Barcelona), etc. Oliver es el encargado de pronunciar el discurso en el que equipara la valía de Galdós con la de Balzac y Dickens.

El último texto en el que Miguel Sarmiento escribe sobre la vertiente humana de Pérez Galdós, “Recuerdos de su vida. Don Benito y su país nativo”,<sup>13</sup> fue recogido en las páginas del diario *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife, dirigido por Leoncio Rodríguez, con motivo del número homenaje que se publicó el 6 de enero de 1920 con motivo de la muerte del ilustre escritor.

En él se nos describe a un Galdós travieso y nada amigo de los convencionalismos y las lisonjas en su último viaje a Las Palmas, ya en la plenitud de su éxito en 1896. Miguel Sarmiento recuerda el origen isleño del autor, los retazos de nuestro modo de ser que pueden rastrearse aquí y allá en su obra, y asimismo se queja de que Clarín no se haya ocupado de estudiar su infancia y primera juventud en la isla.

Sarmiento se propone modestamente llenar este vacío y comienza a rememorar los años como estudiante en el Colegio de San Agustín, de los que destaca su tendencia al despiste, su afición por la caricatura y por vagabundear por la ciudad observándolo todo con ojo atento. Pasa rápidamente por sus años en Madrid hasta el triunfo y describe el retorno del novelista a su tierra natal, casi en el anonimato y con el deseo de recorrer tranquilo en compañía de sus amigos los lugares más queridos de la infancia. No puede resistirse y le gasta una broma a una mujer que llegaba a Las Palmas desde el sur con una cesta de huevos en la cabeza. El artículo termina, con un nuevo guiño a la infancia del novelista: “Y los dos amigos, vueltos momentáneamente a la infancia regresaron riéndose, a la ciudad. Y frente al cuarto de las Cachuchas —el cuartelillo— miraron de reojo y apretaron el paso, como en los días felices, cuando los municipales le[s] adivinaban en los ojos las intenciones”.

#### *Breves reflexiones finales*

Miguel Sarmiento admiró profundamente a su paisano, y desde las páginas de la prensa tanto barcelonesa como mallorquina, dio muestras elocuentes de ello. La prensa canaria fue escenario igualmente de referencias a este autor tan querido. A pesar de ello, de la producción dramática galdosiana hace una crítica siempre honesta, sin que el respeto que le inspira su maestro le impida señalar los defectos que juzga oportunos. De lo que nunca se olvida es de reivindicar la vigencia de Galdós y de colocarlo en pie de igualdad a figuras de la importancia de Anatole France y Zola.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Véase su tesis doctoral, titulada *La narrativa canaria: estudio de su historia (1500-1930)*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1991, en la que dedica un capítulo completo a la narrativa sarmientina. Igualmente puede consultarse el prólogo que abre el volumen en el que antologiza la obra de Miguel Sarmiento *Obra narrativa*, 1990, Biblioteca Básica Canaria, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.
- <sup>2</sup> Véanse sus trabajos: *Modernismo y vanguardia en la literatura canaria*, 1987, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria y *Visión insular*, 1988, Edirca, Las Palmas de Gran Canaria.
- <sup>3</sup> Actualmente estamos realizando nuestra tesis doctoral en la Universidad de La Laguna sobre Miguel Sarmiento Salom, que esperamos tener finalizada en pocos meses. No obstante, puede consultarse Sarmiento, Miguel, *Obras escogidas*, I, 1978, Excelentísima Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, que está encabezado por un prólogo elaborado por la profesora María Jesús García Domínguez que, aunque contiene bastantes inexactitudes, es lo más completo con lo que contamos al inicio de nuestro trabajo.
- <sup>4</sup> “Picasso” en *La Tribuna*, Barcelona, 24 de marzo de 1904.
- <sup>5</sup> Establecimiento Tipográfico de J. Tous, 1899, Palma de Mallorca.
- <sup>6</sup> Librería Española, 1909, Barcelona.
- <sup>7</sup> Unión Editorial Hispano-Americana, Barcelona, 1913.
- <sup>8</sup> *Lo que fui: Recuerdos de mis primeros años*, 1927, Islas, Las Palmas de Gran Canaria.
- <sup>9</sup> Poco después, el 24 de marzo de este mismo año, lo recoge la revista *La Atlántida* de Las Palmas de Gran Canaria en su número 11 bajo el título simplificado de “Un drama y un pueblo”.
- <sup>10</sup> Tres días después, es decir, el 17 de julio, se publicó en *La Última Hora* de Palma de Mallorca como “Desde Barcelona. Refugio”. Lo rescatará para ver la luz nuevamente en el diario *La Prensa* de Las Palmas que Gran Canaria el 7 de noviembre de 1906 bajo la denominación de “Crónica. Refugio. Desde Mallorca”.
- <sup>11</sup> Tres días después, es decir, el 17 de julio, se publicó en *La Última Hora* de Palma de Mallorca como “Desde Barcelona. Refugio”. Lo rescatará para ver la luz nuevamente en el diario *La Prensa* de Las Palmas que Gran Canaria el 7 de noviembre de 1906 bajo la denominación de “Crónica. Refugio. Desde Mallorca”.
- <sup>12</sup> Cabrera Perera, Antonio, *Ángel Guerra, narrador canario*, 1983, Cabildo Insular de Gran Canaria-Cátedra, Madrid, p. 82.
- <sup>13</sup> Poco antes se habían publicado algunos fragmentos en *La Comarca* de Icod de los Vinos el 16 de noviembre de 1919. Más tarde formará parte del volumen titulado *Galdós y Canarias* de la Biblioteca Canaria de Leoncio Rodríguez, que aparecerá en 1940.